

puerto de destino. Una secreta pesadumbre dominábame, rendíame los músculos, hacíame detener la sangre en las venas hinchadas.

El mar se me antojó un inmenso túmulo; el cielo, bóveda funérea; la luz lejana y parpadeante—ojo de cíclope en el límite ribereño para alumbrarle sus senderos al nauta—cirio melancólico, lúgubre, de muerte. Tuve miedo, por sutil codicia de amor a la vida, y fuíme al camarote a reposar los amargos presentimientos...

...A la media madrugada, ya sin resistirlo más, sacudí horrible pesadilla que me aplastaba el pecho, y puso en trance de somnilocuencia. Salté del encierro, quise irme a fuera, a la borda; mas, no pude. Un feroz viento, ululaba desecho entre las negras inmensidades, sacudiendo de raíz al miserable transporte; juguete, ahora, de un gigantesco motín de olas, henchidas, rugientes, satánicas, pavorosas... ¡Ruido macabro el de ellas chocando sobre el casco, sobre la toldilla, sobre la arboladura del buque, que, en ocasiones, aparecía casi envuelto por el cresterío del agua, sudario de espumas! Formaba a mis ojos como cuerpo, realidad, el torvo presentimiento, la sospecha de una bárbara tragedia oceánica, y no supe ni pensar... (Las ideas más sencillas que pudieran ocurrírseme, sucumbieron rotas por el furor ingente de la Naturaleza; la cual acaso querría así vengarse, ante nosotros—flojos mortales—de la arrogante insignificancia

de cuantos sueñan, ¡utópicos!, haber esclavizado a los elementos).

—Tenemos mal norte, murulló, apenas, una voz a mi espalda.

Volvíme, y descubrí la figura de don Juan Zubaran; aquel amable señor mexicano, un tiempo agente confidencial del revolucionarismo en la Habana, refugio seguro cuando el éxodo de perseguidos en peligro, tras las furias de Huerta y su Ministro Urrutia, dictadores muy pleno siglo XX, y muy de América.

—No se preocupe usted, comuníqueme, no se preocupe; estos ventarrones son huéspedes fijos del Golfo, alborotadores, inquietantes, pero sin otra consecuencia. Con la mañana todo se encalmará.

Después, viejos conocidos como éramos de "El Casino", de "La Unión", del propio "Heraldo", a donde, indefectiblemente, iba cada dos, tres días, por conversar con el Director, entablamos charla, y a propósito de su país, venciendo así en mí, con el interés del escuchar, las inquietudes de incipiente naufrago!...

Interrogóme:

—¿Y cuánto tiempo nos acompañará por aquí?

—Depende — contesté — del señor Márquez Sterling.

El nombre hizo de vara mágica para desbordar el torrente de las alabanzas. Nunca he visto una mayor adhesión respetuosa de persona a persona, un como estremecimiento más

hondo y sincero de gratitud; bien es cierto que no era ella—tal me afirmé—gratitud de un corazón, sino la de muchos; gratitud de la patria, en labios de hijo suyo.

—Y esto lo observará usted, concluyó, en cualquier compatriota digno; de acá y de allá; partidarios de D. Venustiano, de Pancho Villa o de Zapata; quizá sólo para dicho extremo unánimes.

Como saltaron los tres jefes en pugna, aproveché el instante, e inquirí.

—Bueno, ¿cuáles son sus impresiones?...

—Magníficas, repuso; creo, con firmeza, en nuestro triunfo—y no lejano.

—Es que ellos se han unido, y entran en México; mientras ustedes, ya lo ve, hasta el general González se proclama...

—Se proclama ¿qué?

—Presidente de la República. Lo publicaron nuestros diarios informados por cable de la Prensa Asociada.

No pudo sujetar una risa franca.

—Puros embustes. Don Pancho es símbolo de lealtad; hombre modesto, incapaz de viles defecciones, y funestos autoencubramientos. Cuanto a lo de México, ha de verlo en el porvenir. Ha sido ese el paso más firme, habilísimo, del señor Carranza, del general Obregón. Yo acabo, ahorita, de comunicarme con Luis Cabrera, y conozco los más insignificantes, últimos movimientos, de que se tiene noticia en "Faros". Cuando lo de "Aguascalien-

tes," la farsa más acabada que contará la historia, hubo tal confusión, un instante tal de flaquezas, de dudas, de oscilantes pasiones, capaz para embrollar al mismísimo Othon de Bismark, si existiese. Nadie sabía cuáles estaban con quién. Este general, X, ¿era constitucionalista?, ¿era convencionista?, ¿abandonábase a la ilegalidad, equivalente a la guerra civil, o consolidaba el principio sano, de la justicia, con su nombre y sus victorias contra el federalismo, manteniéndose fiel al plan de Guadalupe? Una lucha en semejantes circunstancias, fuera desastrosa. Comprendiólo el jefe, y de acuerdo con sus adictos, sus integérrimos, abandonó México a los propios pecados, viniéndose a Veracruz; donde se repiten episodios ya vividos con Juárez, nuestro primer reformista. Quienes cumplieron, aquí están; los que se fueron, allá hemos de hallarlos; los tibios, los ventajistas, no estorban ni con uno ni con otro campo; tendremos, sin duda, luchas tenaces, fieras, derramamientos cuantiosos de sangre; pero, al fin, la revolución victoriosa ha de ofrecerles a los pueblos honrados, del Universo, una justificación cabal, con la patria redimida, libre del obscurantismo, del latifundismo, y del extranjerismo, las tres víboras que nos muerden la vida. Por de pronto, México ha vencido a lo que llamaremos internacionalismo; esa diplomacia europea quedó bien parada entre nosotros, a la altura del mismísimo "enano del tapanco".

Clareaba. Menos violenta la superficie golfeña, parecía irse aclarando hacia el Oriente indeciso. Diez, veinte minutos más. Celajes cárdenos, amaranto y violeta en el horizonte; franja azafranada; reflejos cerúleos de mar y cielo; al fin, el Sol!...

Me separé de don Juan Zubaran. Acertó. Reinaba una calma sedante. ¡Oh, caprichos, caprichos del gran monstruo, mil veces mutable!...

PUERTO

Vencida la jornada, un amanecer imborrable, enfrentamos algo como enorme boca de cangrejo: puerto artificial veracruzano. Yo había oído relatar el mérito, y valor, de estas obras, por su magnitud faraónica; y comprendí. Allí estaban—en pétreas murallas, fuertes y contrafuertes, resguardos, escalaje,—millones, y millones, y más millones de dólares; pero estaba también un seguro abrigo de navegantes, medio cómodo para recibir de los confines, todos, del planeta, y enviar a ellos, en intercambio comercial, cuantos productos da la tierra, y hombres, y pensamientos—que nada deja de emigrar e inmigrar por inconsutil corriente de progreso.

Fué lo primero que, ya cerca, descubrieron mis ojos, dos poderosos acorazados de Norte América; uno, "Texas", brutal fortaleza flotante, hoy con algún descrédito ante las sencillas infernales minas alemanas, colocadas,

temerariamente, por manos de estoicos jóvenes del Imperio en los propios cimientos férreos de estas "unidades de combate". El "Texas" afirmase a la entrada de los muelles, divisando, con la mirada negra de sus cañones, el área completa de ciudad—aseguran que en acechanza de probables contingencias guerreras. Más adentro, el otro centinela de la destrucción, "Minossotte," obscurece la rada con su ventruda jactancia plomiza—el color de los homicidios. Hasta el "Cuba," gentil crucero, se hallaba allí; mas ése para defender a los suyos, a los cubanos residentes. La casualidad de la hora, hizo que mientras entró "El Esperanza" resonara en unos, y otro, el himno de ambas naciones; la vigorosa, la cósmica Estados Unidos, y la nuestra, tan pequeña y heroica. Un sacudimiento emocional recorrió mis venas escuchando, tan lejos, las notas redentoras.

Saludo de banderas. Practicaje. Gestión sanitaria. Atraque.

Estábamos en el muelle; muelle sólido, vasto, lleno de brazos potentes, torres de hierro giratorias, capaces de jugar con toneladas de peso. Una sola se movía lenta, perezosa, entumecida; las demás daban la sensación del agotamiento, de la muerte. ¡Oh, la ruín guerra!, la interior y la exterior, la que sacude al planeta entero, epilépticamente. Bien pudo desdeñarnos "Micromegas" en el intenso prolegómeno de "El pasado de la guerra y el

porvenir de la paz": ¡somos míseros y risibles, por asesinos!

El señor Aragón, segundo secretario en el Ministerio de Relaciones Exteriores, vino a darme la bienvenida de rúbrica, a nombre del honorable Ministro Lcdo. Isidro Fabela. Se me presentó en seguida a varios conspicuos personajes civiles, en la explanada de desembarque, a lo largo del trayecto al hotel. Fuera de ésto, a soldados y soldados era cuanto encontraba aquí y allí, por plazas, por calles, por cafés, por comercios. Soldados diversos, sin uniformidad alguna, ni en razas, ni en años, ni en trajes, ni en nada, porque ni en sexo. Una explicación: abundan los soldados mujeres, o las mujeres soldados más propiamente. No la cantinera, no; sino la que porta escopeta, rinde marchas, concurre a trincheras, toma parte, en una palabra, en fieros combates, se enardece, dispara, mata; expone, así, su fuerte corazón viril, henchido dentro del pecho femenino. Se masca el ambiente mefítico, de hacinamiento, cuartelero; pueblan la atmósfera incesantes sonos marciales; la corneta estridente, el tambor ronco; aquélla, para los criollos, los blancos, los de enganche sureño; éste, para la gente del norte, el sonorense, indígena "yaquí", algo extraño, superior, desconcertante para esos empeños de armas en fuerza de feroces, de hábiles, de tenaces, de... definitivos. Se les teme como a vendaval inclemente, se les huye como a jauría suelta, se les mira y admi-

ra como a sacerdotes de un "teul" sanguinario, sediento de entrañas frescas, recién extraídas a los cuerpos jóvenes, propiciatorios. ¡Manes de Huitzilopxtli!

Suena y suena el tambor con són bronco y clamoroso, igual y distinto; alarido de infierno; tromba de ancestrales fanatismos; apoteosis de destrucciones humanas; danza ante la "piedra de los sacrificios", abierta en canal para dejar buen curso a la sangre húmeda, densa, roja como llama de crueldad. Suena y suena en la paz el bárbaro tambor para mantener vivo el genio bélico, para reunir a la lejána indiana, para curarse del mal, si acaso lo padecieren, de la ausencia. Y acuden a sus voces viejos y chiquillos; y acuden mujeres; estas mujeres cetrinas, recias, hombrunas, cada ojo una bala, la boca en rictus delirante, a la espalda sujeto, con manto de hilo, el "indito" que pariera en la montaña, mientras el postero ataque, entre disparos de ametralladoras, relinchar de brutos, resoplidos de clarín, ayes, y agonía, y victoria, siempre victoria, ¡ellos son invictos!...

Como se cuentan tantos de estos indios, desbórdanse por Veracruz; ocupan vagones, casas particulares, antiguos almacenes, iglesias...

En una, pequeñita, los descubrí tendidos en las marmóreas baldosas, comiendo pan, naranjas, carne cocida; limpiando gatillos; cantando sus cantos guturales. Todo en medio de la severa oquedad del templo; allí, en altar aún

alumbrado por lámpara votiva, un Cristo de esos blandos, dulces, misericordiosos—si parecía bendecir aquel sacrilegio!

¿Sacrilegio? Sí; pero redimido por la historia. Cosa igual, ocupación de mansiones sacras, románicas, por “soldadesca”; caballos bebiendo en las pilas benditas como en groseros dornajos; cálices de oro donde se escancia jugo de borracheras, después de tener por mucho tiempo, en sacrificio incruento, divina sangre de Dios; eso cuéntase que aconteciera, siglos há, en Flandes, invasoras las cristianísimas tropas del Duque de Alba; eso ocurre en Bélgica, al presente, ¡oh suntuosa catedral de Reims!; ¡eso—se me afirma—lo permitieron ejércitos franceses en el mismo México, cuando clero y reaccionarios quisieron imponer al austriaco Maximiliano, príncipe de europeos y católicos!

¿No nos relata la fantasía de Georges D'Esparbés en “El Tumulto” algo semejante, acaecido en la Francia, cuantas veces se quebró el sutil hilo de las espiritualidades conscientes, para dominar el racional irracionalizado?

Y pues cito al insigne novelista, afirmaré: son capítulos suyos, vivientes, palpitantes, lo que se descubre, a examen de mirada, en la capital constitucionalista. Allí, insisto, los viejos, arrastrando sus años, más pesados que maüser y balas; allí los espectros, víctimas de la malaria, y el hambre; allí las esposas y las hijas, las mancebas, las madres, anhelosos todos, y todas,

por la orden de batalla; venganza, venganza, venganza, quizá sin alcanzar a saber de quién, por quién, ni contra quién.

NIÑOS MILITARES

Para más exactitud en el recuerdo, he descubierto a los tamborcillos, a los cornetas, a un centenar de muchachos empuñando el arma, prestos a la pelea, ganosos de libertad y patria.

Hay, además, allí el niño militar, flor de simulaciones; chiquitines que cruzan hora a hora, cautivadoramente ufanos dentro del llamativo uniforme, cada uno de ellos, ágil y precoz, queriendo matar al enemigo que forja, a grotesco antojo, la incompleta fantasía; sus vocecitas, débiles, hechas al mando, al enardecimiento de órdenes y proclamas, algunos balbuceándolas con lengua virgen todavía al proceso alfabético; en el pecho, siempre, los colores tan claros y tan bellos de la enseña nacional! . . .

Así ocurre en Europa, así en Asia, ahora mismo, por la formidable conmoción de ambos mundos. Aunque se marca notable diferencia; diferencia como substancial, ética y estética; fecunda para múltiples comentarios que dejo a beneficio del lector.

Varias de las publicaciones recientes, sean inglesas, francesas o alemanas, traen, entre sus páginas gráficas, donde asoma el agudo submarino, la mortífera bala dum-dum, el gesto

kaiseriano, o la maniobra joffré, bellos grabados reproduciendo escenas admirables, por su gracia y fuerza de porvenir, compuestas con criaturas de tales pueblos, vestidas a lo húsar, dragones de la muerte, guardia imperial, cornetas de campañas o simples soldados de infantería, en ejercicios curiosos y emotivos. "Nuevo Mundo" o "Mundo Gráfico", de España, copian, a su vez, alguna de dichas estampas: cuatro, seis, diez súbditos, en miniatura, del truculento Guillermo sin II, brazo alto con sables vencedores, cascos fulgurantes, lucidos trajes, agrúpanse, magníficos, dando vivas al Imperio, mientras ondea triunfal su pabellón de águilas bicéfalas; el francés, allí quedó, en tierra, a sus plantas liliputienses, deshecho el cuerpo, perdida la honra, abandonada la pieza de moderna artillería, derrota segura cuando "osaron" enfrentarse al teutón. Luego, a otro extremo de la misma página, una docena de niponcitos, envueltas sus carnes amarillas por simples kimonas, con dibujos hiperbólicos: hierbas y dragones; las cabezas tocadas por finas cachuchas británicas—mezcla en detalle nimio, de dos fuertes civilizaciones,—alinéanse, uno a uno, ante el gesto altivo del señor capitán, también bandera oreándoles el cráneo (estuche propicio a los sentimientos de patria y heroísmo) maüser al hombro; prepáranse, según indica la leyenda, en el famoso parque Hibiya, para ir sobre los territorios de Austria y Alemania.

Ni éste, y menos aquel espectáculo, descubriráse en todo México; tampoco, dadas circunstancias análogas, se hallaría en el continente—porción hispánica. Nuestros niños, cuando simulan ser bravos, arrestados, se bastan con creces a sí propios. Cada cual constituye numerosa compañía, ejército, por un fenómeno que llamaré de espejismo psicológico-quijotesco; ordena y se obedece; despliega y ciñe el sin fin de marchas y de movimientos, urdidos en sus ardores de campaña, en sus pueriles arrebatos; levanta al paso temibles enemigos, para derrotarlos a golpe de metralla. No alientan ellos, jamás, tendencias colectivas; malográndoseles en la tierna mente alucinada los vigorosos conceptos de orden y de disciplina; la idea, sólida y prolífica, del conjunto. Yo, yo, y yo, pensarán en agresivo y autodestructor individualismo; rebeldía innata e inmanente; producto, en sedimentaciones sucesivas, de la raza,—lo pretérito viviendo, con vida imperecedera, a través de los siglos.

—Tú ¿qué eres?—se le inquiera a cualquiera de los rapaces.

Y indefectiblemente, ha de contestar, con fanfarrona arrogancia:

—Yo, coronel! . . .

—Yo, generalísimo! . . .

Nunca, ninguno, respondería—pongo recluta, cabo, sargento que fuese.

Los hombres, égidas o maestros suyos, ¿no alcanzan grados y grados, en seguida que to-

man las armas, provengan ellos del campo de labranza, del almacén o la tienda, talleres de mecánica, carpintería, u otro empleo de menestrales? . . .

Ellos, pues, sus imitadores, para portarse en forma, con cabal dignidad y hombría, han de seguir en lo más exacto posible, huellas y enseñanzas; procedimientos. Los mismos padres de estos pequeños cides, perspectiva de héroes, no consentirían, sin mengua, que sus hijos, ¡sus hijos!, se sometieran al gobierno, por caprichoso, tiránico, (sic), del chico de la vecina; que en la bocamanga de la pretensa guerrera dejen de lucir, con galón áureo, flores, barras o estrellas, símbolo radiante de futuras proezas.

Así somos en Latino América; así es la naturaleza del Anahuac al Plata: exuberancias, inusitados brillos, ruidosas explosiones! . . .

Por eso, este "chamaco" que escojo adremente para mi crónica, hácese nombrar "brigadier a la orden del jefe". El jefe, desde luego, puede serlo tanto el señor Carranza, como el último ciudadano deambulante, al mandar le ejercicio; dándole, por propina, cartoncito rojo—cinco centavos constitucionalistas.

Le vais a conocer. Es bajo, es rechoncho; cara mofetuda, de chatas facciones, de color bronceo; un medio indio, no comprendo si yaqui o maya, azteca o mizteca, tal el tremendo laberinto étnico que desfila por mis ojos. Su nombre: Miguel Osorio. Edad: dos lustros

escasos. Destácase en hora de comer por los soportales del Hotel "Diligencias". Llega a pasos lentos, entre socarrón y marcial, como quien al tiempo que puede divertir, representa y cumple un rito sagrado; rito de bélica truhanería, repercutiéndole en la sangre, con el poderío milenario de su casta, sometida fatalmente desde épocas del enorme Cortés. El traje, le cambia, según antojanza de la vestidora; hoy luce blusa kaki, pantalón igual, ceñido, polainas de suela, sombrero tejano, perdiéndole cordones violeta oscuro o verde lacre; mañana traerá atavíos a la francesa, blanco "salacoff", "guaraches"; en otra ocasión, prendas de paisanaje, matiz de hábito francisco, "huichol", pies descalzos; mas sin olvidar su fusil, fusil-rifle de aire comprimido, medio roto en prenda de mucho uso.

Acércase. Se cuadra, con seriedad grave.

—A la orden, mi jefe.

—Vamos—le indico—, haz formación.

—Al instante—opone.

. . . Y empieza. Hace un sacudimiento, graciosísimo, para ponerse rígido. Afirma la culata en las baldosas, después la alza; gira de talones; da cuatro, seis vueltas; adelanta señalando el compás con bucal tararí, tararí, tararí. . . Retorna presto. Baja rodillas a tierra. Estírase en línea completa, como para descubrir algo a distancia.

—El rebelde—grita poniendo en los labios hombruna ufanía.

...Y yérguese al punto, preparando la carabina. Dispara: ¡pum, pum, pum!...

—Recoger los cadáveres.

Aléjase... Vuelve...

—¿A quién mataste?

—A cuatro zapatistas y seis "gringos"— exclama, en escape de ingenua saña.

Aún continúa sus faenas para merecer paga.

—Firme a guardia, pregona. Doble paso derecha, ángulo izquierdo. Avance. Redoblado: un... dos, un... dos... Flanco de retirada. March...!

Arregla la indumentaria. Tiende la diestra.
(.....)

Dirígese hacia mesa próxima.

En tanto, una trulla de curiosos se arremolina junto a él; ríe, comenta, palmorea. Nada ha de distraerle, de perturbarle, de hacer equivocar en los mecánicos tragines. Sólo que algún atrevido "bolero" permítase interrumpir:

—Se equivocó, se equivocó.

Entonces, desesperado, colérico, chillar, contorsiónase, dispone furibundo:

—Fusilen a ese... (delicioso momento).

El señor Ignacio Pesqueira, amable Ministro de Guerra y Marina, tras observarlo todo, asegúrame:

—Donde usted le ve, ya nunca soltará el fusil.

Amarga exclamación de clarividencia, que comparto plenamente.

El menudo y simpático Osorio ha de aca-

bar, de seguro, en oficial de tropa, revolucionario o bandolero. Sus manos, pequeñas y regordetas, que quizá no sepan de mimos y caricias, de pan legítimo, de dulces abrigos, de trabajo honroso, conocen, en cambio, a maravilla, el juego de la guerra, la dádiva fácil, el manjar recogido del mantel ageno. Su alma, horra de estímulos virtuosos, practica, sin embargo, con maestría, el funesto oficio de los cuarteles. Téplasele el blando corazón al fuego lento de holganza productiva. ¡Hechos tristes a que le conduce la desdicha del fatal medio ambiente, convirtiéndole—¡sino terrible!—en víctima propiciatoria de este período de sangre y de dolor, por que atraviesa la patria sumergida en piélago de tragedias!.....

Agitaba semejantes pensamientos, cuando Osorio, el pobrecito mestizo, ofrecía novena o décima tanda a grupo contiguo. De entre él distinguí a "miss" rubia, larga y enjuta, la que por lo exótica y sus maneras de asombro, convirtiéndose en rival del chiquillo, a la curiosidad pública (recurso de estas inevitables turistas: fingirse admiradas para que las admiren, si hemos de dar crédito al cáustico Takeray).

Osorio, comprendiendo su flojo papel, suspende armas e inicia ida...

...No sin antes haber quedado fija su imagen de más apuesta actitud, de aire más bravucón, en audaz maquinita "kodak", para acaso, llegada la primavera, ser exhibido con

otras peregrinas rarezas, por algún escaparate del severo Londres!...

.....
.....
Esa, pues, repito, la de un campamento, la impresión que primero se descubre en Veracruz. Luego, ya, se va conociendo a los hombres, a los jefes, a los promotores y égidas del movimiento, responsables ante el mundo de la enconada revolución!!

Estudíeles con calma.

LOS HOMBRES

CARRANZA

Jamás juzgues los hechos aisladamente; busca siempre sus orígenes, y la condición de quién o quiénes los ejecutan.

Yo no sé si esto que dejo transcripto, a guisa de sentencia, pertenece a algún santo padre de la Iglesia, buenos varones ellos que supieron acoplar a glosa de palabras el camino perfecto; o si corresponde a otro filósofo profano, aunque también exaltador de la persona sobre la cosa, no a la manera de Federico Nietzsche, el cual, sin embargo de su inquietud hacia la super-hombría, consideraba lo primero la obra, después al ejecutante; acaso aún naciera la frase sutilísima, tan justa y prudente, de la cabeza del vulgo, señor más calumniado que imbécil, a veces docto, siempre, en apreciaciones, certero. Viéneme a propósito; sírveme para fácil basamento de biografías insignes; y queda ahí. Reclámenla cuantos quie-